



## Soy el hombre de mi casa

*Por Laura Liz Gil Echenique*

Junior tiene 49 años, desde hace 12 meses viene cada día a buscar en un carretón fabricado con una caja plástica y cuatro ruedas, el agua para su familia. Es un poco tímido pero sonrío feliz cada vez que viene, conoce su tarea y se siente responsable.

Cuando decidí preguntarle estaba segura de que tenía una linda historia que contar pero alguien se me acercó diciéndome que probablemente él no me podría responder. Estaba convencida de que alguien que venga con sus pomos limpios y busque el agua cada día a pesar del calor o la distancia, podría sin problemas hablarme sobre sus experiencias y responder cualquiera de mis simples preguntas. Afortunadamente estaba en lo cierto.

Junior es de estatura baja, achinado, y usa unos gruesos espejuelos, sonrío todo el tiempo y se concentra mucho en lo que hace. Tiene Síndrome de Down y vive con su madre y su abuela, a la que cariñosamente llama “Alla”. Me contó, con un poco de zalamería y vergüenza, que viene a buscar el agua todos los días porque en las instrucciones explican que el tiempo para consumirla es de 24 horas. Cada mañana toma su carretón y por entre las lomas sobre las que se encuentra situado el Seminario Evangélico de Teología busca la sombrilla para llegar hasta el sitio donde están las llaves, lo hace con gusto y se siente orgulloso porque sabe que es su deber.

Estamos bajo el sol y aunque Junior pone su carretón a la sombra para que no se caliente mucho el líquido dentro de los botellones plásticos, me dice que se tiene que ir porque tiene cosas que hacer y ya se había acabado el agua que llevó ayer. Yo le pido una foto, vuelvo a preguntarle si no le incomoda tener que venir todos los días hasta aquí a buscar el agua. Le pregunto varias veces porque sé que podría hablarme de muchas otras cosas si la señora cerca de nosotros no insistiera en decirme que él no puede responder o responder ella cada vez que le hago una pregunta a Junior. Pero persisto y lo interrogo también sobre si a veces no viene su mamá o si en ocasiones se le quitan los deseos de llegar. Él se demora en decir algo, piensa con cuidado en mis palabras, sonrío otra vez, mira el sol, mira los pomos en el carretón, y casi como si compartiera un secreto conmigo me confiesa que nada de eso le molesta, y con una pícaro alegría me dice: “Yo, soy el hombre de mi casa”.